

Un señor de Barcelona: Miquel Batllori, s.j.

Hilari Raguer

Recientemente ha fallecido el P. Miquel Batllori, durante largo tiempo fecundo y habitual colaborador de la revista Razón y Fe, como queda patente en el cuadro que incluimos al final. Su vida, entre Italia y España, es un ejemplo de dedicación al esclarecimiento de la historia y de la cultura española y catalana, tanto de la más reciente como de aquella en la que ésta hunde sus raíces. Durante la última etapa de su vida recibió una serie de reconocimientos públicos a su labor que le habían sido negados con anterioridad.

Era invierno, algo tarde y hacía frío. El P. Miquel Batllori, el P. Josep Massot y yo salíamos de una reunión en el seminario de Barcelona y subíamos calle Balmes arriba conversando animadamente, sin reparar en que el P. Batllori, entre nosotros dos, sostenía el sombrero en su mano derecha a la altura del corazón. Habríamos cruzado ya un par de calles cuando nos dijo respetuosamente: «¿Me permiten que me cubra?» Esta educada expresión, que desde mi tierna infancia ya no había oído más,

caracteriza el estilo del P. Batllori, lleno de delicadezas, que no de convencionalismos, enemigo de toda vulgaridad. Por lo mismo, cuando le pedían una dedicatoria la escribía con estilográfica, porque decía que no era correcto hacerlo con bolígrafo. Era realmente un señor de Barcelona, típico representante de las mejores virtudes de aquella burguesía media intelectual que forjó la cultura catalana contemporánea (y sin ninguno de los defectos de la burguesía industrial y comercial que Santiago Rusiñol fustigó en su genial sátira *L'auca del senyor Esteve*). Con razón se sentía orgulloso de haber nacido en la plaza de Cataluña, en la misma casa en que precisamente vivía Rusiñol.

Fe firme y mentalidad liberal

Sólo su firme fe y su profunda devoción a san Ignacio permitieron a este señor de Barcelona sobrevivir, en sus años de formación religiosa, a ciertos aspectos de la Compañía de Jesús de entonces que chocaban con su mentalidad liberal y crítica. Recordaba horrorizado la lectura, en el refectorio del noviciado de Veruela, de la pastoral de Gomá, entonces obispo de Tarazona, sobre la caída de la monarquía. El nuncio Tedeschini, siguiendo instrucciones del Secretario de Estado, Pacelli, había ordenado a los obispos acatar públicamente el nuevo régimen, cosa que hicieron todos, con más o menos reticencias. El cardenal Segura se dedicó a recordar todo lo que según él debía España a la monarquía y en particular a Alfonso XIII, en una pastoral que le costó la expulsión de España, pero el P. Batllori me había hecho notar que la pastoral de Gomá era mucho más dura, sólo que no llamó la atención porque no era primado ni cardenal. Durante la guerra civil, en el teologado de Sarriá instalado en el exilio de San Remo (Italia), se leía en el refectorio una antología de artículos de *Acción Española*, la revista que la ultraderecha monárquica había publicado con el propósito confesado de sentar las bases éticas y teológicas de la rebelión. Me aseguró el P. Batllori, y no era broma, que aquella lectura le provocó una doble úlcera de duodeno. En cambio, recordaba con satisfacción que el rector, P. Josep M. Dalmau, de acuerdo con el provincial, P. Alfredo Mondría, quiso que en San Remo continuara la Academia Catalana que tenían en Sarriá, en la que se leían y comentaban textos literarios catalanes, lo que aliviaba sus retortijones intestinales.

Historiador de la Iglesia en la Segunda República

Dejaré para algún especialista comentar las obras del P. Batllori de temas medievales y de la Ilustración y diré algo de sus escritos sobre la historia contemporánea. De su monumental edición, en colaboración con Víctor Manuel Arbeloa, del Archivo Vidal i Barraquer 1931-1936, me ocupé en esta misma revista cuando la concluyó tras veinticuatro años de trabajo¹. Sólo añadiría que, coincidiendo casi con la muerte del P. Batllori, ha aparecido el volumen XVIII de sus obras completas, donde, entre otros escritos, se recogen sus introducciones a los sucesivos volúmenes del Archivo Vidal i Barraquer². La introducción al primer volumen había sido muy breve, y me permití sugerirle que en los siguientes volúmenes se extendiera algo más, de modo que ofreciera una síntesis de los principales asuntos tratados en aquellos documentos, así como algunas pistas para su contextualización, porque hablando con varias personas había podido comprobar que la mayoría sólo habían leído la introducción. Publicadas ahora juntas, aquellas introducciones constituyen una gran historia de las relaciones entre la Iglesia y la Segunda República, desde la lúcida óptica de la correspondencia de Vidal i Barraquer.

*la pregunta sobre si perseguían
a los sacerdotes por causa
de Cristo, o a Cristo por culpa
de los sacerdotes*

Se celebraba en Madrid, en la gran sala de conferencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la presentación de un volumen de la obra *2000 años de cristianismo* en el que el P. Batllori tenía un capítulo sobre la Iglesia y la Segunda República y yo otro sobre la Iglesia y la guerra civil³. En la mesa de la presidencia se sentaban también otros co-

¹ *Razón y Fe* «La Iglesia y la guerra civil», tomo 196, p. 1082-1091, 1977. El P. Batllori siempre dijo que él se limitaba a la documentación del cardenal Vidal i Barraquer del período entre el 14 de abril de 1931 y el 19 de julio de 1936, y que, de acuerdo con los sobrinos del cardenal, dejaba a mi cuidado el período de la guerra civil y la posguerra, hasta la muerte de Vidal i Barraquer en 1943. Cumpliendo su encargo, tengo ya listo para su publicación el primer volumen (julio a diciembre de 1936) del Archivo de la Iglesia Catalana durante la guerra civil, con el Archivo Vidal i Barraquer completado con los de los demás preladados de las diócesis catalanas.

² *L'Església i la II República espanyola: el cardenal Vidal i Barraquer*. Tres i Quatre, València, 2002.

laboradores y la sala estaba llena de público. En mi intervención comenté la famosa frase de Azaña «España ha dejado de ser católica». La situé en su contexto, como una afirmación del hecho innegable que el catolicismo ya no representaba en España lo que había sido en siglos pasados. Añadí una serie de textos de Gomá de antes, durante y después de la guerra civil afirmando lo mismo, sólo que Azaña sacaba de esta realidad la consecuencia de que la constitución tenía que ser laica, y en cambio Gomá concluía que había que hacer a España de nuevo católica aunque fuera al precio de una guerra (pero en aquella pastoral de 1939 que el gobierno le prohibió se lamentaba de que, a pesar de tanta sangre vertida, España seguía sin ser católica). Insistí, además, en que (como reconocía Vidal i Barraquer en el informe a Pacelli sobre aquel debate parlamentario) Azaña había intervenido aquella noche no para atacar a la Iglesia sino para salvarla de otra propuesta izquierdista mucho más perjudicial. En primera fila del público estaba una señora de una cierta edad, con sombrero, que ponía una cara muy rara mientras yo hablaba. Cuando terminé, el P. Batllori, aunque ya había tenido su intervención, pidió la palabra para ratificar lo que yo había dicho y aseguró, además, que el discurso de Azaña no sólo había sido pronunciado para defender a la Iglesia, sino que había sido la más eficaz defensa ante las Cortes, porque lo que dijeran Beúnza o Lamamié no servía absolutamente de nada, y en cambio Azaña logró imponer una solución moderada. Entonces aquella respetable señora de la primera fila soltó en una media voz que se oyó por toda la sala: «¡Majadero!» Cuando alguna que otra vez mis palabras o escritos han provocado insultos, me acuerdo de aquel incidente y me digo que si con la leña verde de un historiador de la talla del P. Batllori se hizo aquel fuego, no es de extrañar que arda mucho más la leña seca como la mía, y sigo adelante.

Los jesuitas en el Levante Rojo

Sobre la guerra civil, su escrito más significativo es uno que no quiso publicar bajo su nombre. Más que analizarlo aquí críticamente, quisiera explicar la génesis de este libro, lo que me dará pie para acabar de retratar la personalidad historiográfica y también religiosa del P. Batllori. Lo haré autorizado por él, porque en este asunto, que le resultaba particularmente enojoso, aprovechamos uno de tantos homenajes que se le rindieron, el del *Institut d'Estudis Catalans*, en el que se me había pedido una in-

tervención, para dejar las cosas en su sitio con una conferencia que él revisó, como diré, cuidadosamente. Pero veamos ya cómo nació el libro *Los Jesuitas en el Levante Rojo. Cataluña y Valencia, 1936-1939*⁴.

La obra se había hecho famosa por transcribir la pregunta que se hacía el P. Thió sobre si perseguían a los sacerdotes por causa de Cristo, o a Cristo por culpa de los sacerdotes, pensamiento oportunamente citado por Antonio Montero en su tan divulgada historia de la persecución religiosa, de donde la tomaron otros historiadores.

Citaban siempre el libro como anónimo, aunque entre los jesuitas corría la voz de que las iniciales «E. A., s.i.» que aparecían al final del prólogo eran las

«me extraña que Su Reverencia no sepa que, al final de un prólogo, las iniciales "E. A." significan simplemente, "El Autor"»

del secretario del Superior Provincial de entonces, y así la publicación tomaba el carácter oficioso de cosa de la Provincia. Por eso me sorprendió leer en un libro del P. Bernardino Llorca, S.I.⁵, la atribución de *Jesuitas en el Levante Rojo* al P. Miquel Batllori. Lo comenté con el propio Batllori, que por entonces trabajaba en la biblioteca de Montserrat preparando la edición del Archivo Vidal i Barraquer y se mostró muy contrariado por la indiscreción de Llorca, pero no negó su autoría, antes bien me explicó cómo había sucedido, aunque me rogó encarecidamente que no lo divulgara.

Los superiores de muchas congregaciones religiosas pidieron al terminar la guerra civil a aquellos de sus miembros que habían permanecido en la zona republicana que pusieran por escrito sus recuerdos de la persecución. También lo hicieron los jesuitas, pero cuando el Provincial de Aragón hizo entregar los manuscritos al P. Batllori con el encargo de escribir con ellos un libro, éste le contestó que aquel material no era históricamente aprovechable, por la cercanía de los sucesos y por el clima de «cruzada» y «caídos por Dios y por España» que entonces lo impregnaba todo. El Provincial insistió, y como el P. Batllori se resistía, acabó ordenándole formalmente. El P. Batllori obedeció, diciendo que se limitaría

⁴ Imp. Revista Ibérica, Barcelona, s.d.

⁵ B. Llorca, *Juan Guim Molet* (Provincia Tarraconense S.I., Barcelona, 1979), p. 241, nota 2.

a transcribir los relatos, pero no dio su nombre al libro, sino que firmó el prólogo con las iniciales antes mencionadas, que coincidían con las del secretario del Provincial, que había sido el intermediario o mensajero en el asunto. Cuando el libro apareció en público, el Provincial creyó que el P. Batllori, en venganza por la orden que le había dado, no sólo no había querido aparecer como autor del libro sino que se lo había querido atribuir a su secretario. Llamó al P. Batllori y le echó una severa reprimenda. El P. Batllori aguantó con toda reverencia el regaño y después le dijo suavemente: «Me extraña que Su Reverencia no sepa que, al final de un prólogo, las iniciales "E. A." significan, simplemente, "El Autor"».

el autor se ha limitado a reproducirlos literalmente, con todos sus detalles y hasta respetando la forma de diálogo

Escribí el relato del P. Batllori y lo sometí a su aprobación, antes de leerlo en el acto de homenaje del

Institut d'Estudis Catalans. Lo corrigió como si fueran pruebas de imprenta de alguna edición crítica suya. Guardo como una reliquia mi escrito, con sus enmiendas. Eran todas erratas de máquina, excepto donde yo decía que el Provincial se lo mandó «por santa obediencia»: me tachó el «santa».

Jesuitas en el Levante Rojo es una obra muy interesante, que a primera vista pertenece al género hagiográfico-patriótico tan en boga en aquellos años, pero que leído entre líneas, y conociendo su génesis, sobresale muy por encima de la copiosa literatura del género. En primer lugar, es importante el prólogo, titulado *Qué no es y qué pretende ser este libro*. Advierte que «no es un libro de actualidad», porque en el momento de publicarse «la España que lee está ya sobresaturada de libros sobre la Revolución y la Guerra». En segundo lugar, dice, «tampoco es una historia», porque en 269 páginas no se podía tratar históricamente la muerte de 67 jesuitas sacrificados y la suerte de los dos centenares que vivieron en Cataluña y Valencia. El lector ha de entender que, para un trabajo rigurosamente histórico, los relatos que el autor simplemente recopila hubieran tenido que ser pasados por el filtro de la crítica y por una contextualización, sin olvidar los antecedentes históricos (que por cierto, según me había dicho repetidas veces el P. Batllori, son el punto más endeble del libro de Antonio Montero). No basta con recoger relatos: «Hay que reflexionar

mucho. Y hondamente, eficazmente». El autor —dice— se ha limitado a reproducirlos literalmente, con todos sus detalles y hasta respetando la forma de diálogo, que le ofrecían los documentos recopilados. Pero entre todas las peripecias jesuíticas que «E. A., s. i.» transcribe, hay tres casos personales en los que claramente el autor se vuelca con particular interés, y que por lo mismo conviene destacar.

Homenaje a su maestro, el P. Ignacio Casanovas

El primero es el del P. Ignacio Casanovas. Bajo el epígrafe «El P. Casanovas, mártir», las pp. 39-46 respiran un calor y un tono personal que no aflora en el resto del libro. No sólo refiere Batllori cómo detuvieron y asesinaron al P. Casanovas, sino que hace un óptimo resumen de su tarea al servicio de la cultura eclesiástica catalana: *Foment de Pietat Catalana*, *Biblioteca Balmes*, *Analecta Sacra Tarraconensia*, la magna y no superada biografía de Balmes en tres volúmenes, así como los trabajos que en julio de 1936 quedaron interrumpidos sobre Finestres, Dou y Torres Amat. Cuando le dije al P. Batllori que creía apreciar en su relato de la tragedia del P. Casanovas un sentimiento más hondo que en el resto de la obra, me confirmó que así era, y es que había empezado a formarse como historiador junto a Casanovas. Apreciaba en él no sólo su metodología histórica sino, más aún, el sentido de Iglesia que presidía todos sus trabajos (y que ha presidido igualmente toda la obra de Batllori): «Pero lo que más admira en toda su obra [del P. Casanovas] es aquel espíritu genuinamente apostólico y divino que le guiaba y le hacía superar todas las contrariedades». Las «contrariedades» de Casanovas a que se refiere aquí Batllori no son la persecución religiosa de 1936, sino la persecución anticatalana de la Dictadura de Primo de Rivera, con sus antecedentes de los primeros decenios del siglo XX. Estas páginas de *Jesuitas en el Levante Rojo* sobre el P. Casanovas han de completarse con las que, años después, en tiempos de mayor libertad, le dedicó Batllori para dejar constancia del amor de Casanovas a Cataluña y de sus aportaciones a la cultura y la lengua catalanas, manifestadas sobre todo en el largo, documentado y ponderado informe que en 1918 envió al Prepósito General de la Compañía, P. Ledóchowski⁶ con efectos muy positivos.

⁶ Cf. M. Batllori, *El Pare Ignasi Casanovas a favor de la llengua i de la cultura catalanes*, en M. Batllori, *A través de la història i de la cultura* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1979), pp. 333-350. Reproducido en *Miscellània Ramon Aramon i Serra*, Curial, Barcelona, 1979.

No rechazaban a Jesucristo

Un segundo caso fuera de serie es el del P. Alfonso M. Thió Rodés, autor de la famosa frase más arriba citada, sobre la que ahora insistiremos. Por delegación del Provincial, P. Guim, fue superior de los jesuitas recluidos en la Cárcel Modelo de Barcelona durante la guerra. Batllori reproduce literalmente⁷ unas páginas de las notas inéditas del P. Thió que pueden ayudar mucho a aquello que pedía en el prólogo: «Hay que reflexionar mucho todavía». Cuando una patrulla de la FAI registra el Casal de la

Visitació, en L'Ametlla del Vallès (Barcelona), donde el P. Thió predicaba una tanda de Ejercicios, el miliciano que mandaba la patrulla, un joven que parecía instruido, entró en la sacristía y al ver colgado en la pared un crucifijo, ex-

muchas personas han comentado su prodigiosa memoria, pero lo más importante es que no sólo recordaba anécdotas, sino que desentrañaba su sentido

clamó: «¡Tan bueno como eras tú y tan malos como son los que te siguen!» El P. Thió pudo escapar y esconderse en un bosque vecino. Allí, solo en la noche, pensaba más en las raíces de aquélla persecución que en el peligro mismo que personalmente pasaba.

«El tema de la muerte era el más hondamente sentido, pero no el que ocupaba principalmente mi tiempo. El pensamiento se iba por otros derroteros: era evidente que la nueva sociedad que surgía en aquellos días rechazaba de una manera rotunda y decidida a Jesucristo y a sus ministros. Me preguntaba yo: ¿rechazan a los ministros por causa de Jesús, o rechazan a Jesús por causa de sus ministros? La primera hipótesis es muy halagadora, pero la segunda es también posible, y en el rechazarla de plano ¿no habrá nada de fariseísmo? Las palabras de aquel jefe de patrulla no se apartaban de mi memoria. —¡Tan bueno como eras tú!...— no rechazaban a Jesucristo».

Dos desterrados en Mallorca

El tercer caso en el que Batllori hace especial énfasis es precisamente el de un tío del P. Thió Rodés: el P. Lluís Rodés, director del Observatorio

⁷ *Jesuitas en el Levante Rojo*, pp. 52-61.

del Ebro, en Roquetes, cerca de Tortosa y astrónomo de gran prestigio internacional. Lo que de él se dice en *Jesuitas en el Levante Rojo* se entiende mejor a la luz del diario inédito que el P. Rodés dejó escrito, y que era uno de tantos relatos que le pasaron al P. Batllori⁸. Cuenta Batllori que con el P. Rodés estaba en el Observatorio del Ebro el P. Antonio Romañá. Éste era hermano del P. Ignacio Romañá, que al lado del Nuncio Tedeschini y del cardenal Vidal i Barraquer dirigió toda la estrategia parlamentaria en defensa de la Iglesia en las Cortes Constituyentes, y también la resistencia legal a la incautación de los bienes de la Compañía de Jesús. Ignacio Romañá era el gran amigo de Carrasco Formiguera, a quien acompañó la noche antes de ser fusilado. Una hermana de ambos fue jefe de la Falange Femenina de Cataluña.

En su diario, el P. Rodés explica las discusiones que tenía con su compañero (cuyo nombre no explicita, pero con toda seguridad es el P. Antonio Romañá). Rodés dice que, cuando Romañá se lamenta de los asesinatos e incendios que se cometen, le contesta que si «ellos» no se hubiesen sublevado no habría pasada nada. Rodés no sólo mantuvo en funcionamiento el Observatorio del Ebro (no sin pasar por algunos momentos muy delicados) sino que, con pasaporte de la República, tomó parte durante la guerra en dos congresos internacionales astronómicos, uno en Francia y otro en Estados Unidos, y siempre regresó a la España republicana. Esto sólo ya constituía, para los consejos de guerra franquistas, un delito de «adhesión a la rebelión». Lo que el P. Batllori no podía saber cuando preparaba aquel libro era que, durante sus viajes por el extranjero, Rodés cruzó una copiosa correspondencia con el cardenal Vidal i Barraquer, para informarle de la situación religiosa en la zona republicana, particularmente en la archidiócesis tarraconense, y también para obtener donativos para las ayudas económicas que el cardenal hacía llegar al clero catalán. «Le interesará saber —escribe Rodés a Vidal i Barraquer— que los actos de culto (privado, eso sí) no se interrumpieron un solo día en el Observatorio; como se trata de su tierra no dejará de serle de algún consuelo»⁹.

En este apartado de *Jesuitas en el Levante Rojo* parece que el P. Rodés es franquista y lo hace todo a favor de Franco, pero el lector atento se da cuenta de lo que significa que el P. Batllori diga, como sin darle impor-

⁹ Rodés a Vidal i Barraquer, París, 8 septiembre 1937. AVB, parte inédita.

tancia a la cosa, que en 1939 el P. Antonio Romañá pasa a ser director del Observatorio, mientras el P. Rodés es desterrado a un pueblecito de Mallorca, donde muere – subraya con un cierto énfasis el P. Batllori, que también fue desterrado a la misma isla– «el 7 de junio del mismo año de la Victoria, contando sólo cincuenta y siete años de edad»¹⁰.

Entender el pasado

Debo mucho, en mis trabajos sobre la Iglesia y la guerra civil, al P. Batllori. Muchas personas, a raíz de su fallecimiento, han comentado su prodigiosa memoria, pero lo más importante es que no sólo recordaba anécdotas sino que desentrañaba su sentido y daba criterios de interpretación, apuntando la concatenación de causas y efectos. En uno de los veranos que pasó en el monasterio de Montserrat trabajando en el Archivo Vidal i Barraquer, se leía en el refectorio el interesante y muy bien documentado libro de Domingo Benavides *El fracaso social del catolicismo español. Arboleya Martínez, 1870-1951*¹¹. En un cierto momento Benavides se pregunta, y no alcanza a descubrir la respuesta, cómo es que en el cambio de siglo los jesuitas españoles abandonan (al menos la mayoría de ellos) el integrismo que tan tenazmente habían propugnado y se pasan a posiciones políticas más moderadas. El P. Batllori me comentó: «Parece mentira que este señor, que ha estudiado tan a fondo el tema, no se haya dado cuenta de que han pasado dos cosas fundamentales: cambio de Papa y cambio de Prepósito General. Por fuerza tenían que cambiar los jesuitas».

Me había hablado repetidamente de la gran amistad que había entre Vidal i Barraquer y el obispo de Seo de Urgel y copríncipe de Andorra, Justino Guitart. Ambos eran abogados, pero, según Batllori, Guitart estaba aún más preparado que Vidal, y por esto éste le tenía por su mejor consejero. Se tuteaban, de palabra y por carta, cosa entonces muy rara. Me extrañaba que la correspondencia que habían sostenido durante la

¹⁰ Cf. B. Llorca, *Juan Guim Molet*, p. 255, nota 59: «En Tortosa se logró conservar, a través de innumerables dificultades, el célebre *Observatorio del Ebro*. Su Director, P. Luis Rodés, consiguió mantenerse a trancas y barrancas al frente del mismo, siendo por eso posteriormente objeto de las mayores críticas».

¹¹ Nova Terra, Barcelona, 1974.

guerra fuera tan escasa, y, en concreto, que no se dijera en ella nada de un tema tan importante como la carta colectiva del episcopado español. Los dos estaban en Italia, Guitart en la casa de los jesuitas de San Remo y Vidal i Barraquer en la cartuja de Lucca. ¿Cómo podían haber dejado de tratar de la carta colectiva y ponerse de acuerdo para adoptar una misma actitud? El P. Batllori me lo aclaró: sabían que la policía fascista, por instigación de los agentes franquistas, intervenía su correspondencia y las conversaciones telefónicas, y por eso sólo se comunicaban visitándose, o en todo caso por medio de personas de su absoluta confianza. Un día le mostré las agendas de Guitart de los años de la guerra, que me había prestado un sobrino suyo sacerdote, en

*sabían que la policía fascista, por
instigación de los agentes
franquistas, intervenía su
correspondencia y las conversaciones
telefónicas, y por eso sólo se
comunicaban visitándose*

las que anotaba cada día sus desplazamientos, principales actividades y las visitas que hacía o recibía. El P. Batllori me dijo a la mañana siguiente que se había pasado casi toda la noche analizando aquellas libretitas. Me mostró los cuatro sitios donde Guitart anota simplemente «Lucca»: son sus visitas a Vidal i Barraquer. La primera es el 19 de septiembre de 1936, dos meses después de la llegada de ambos a Italia. La segunda, ocho meses más tarde, el 22 de mayo de 1937, y la tercera, el 17 de junio, y entendía el P. Batllori que la segunda y la tercera tenían que ponerse en relación con la carta colectiva que entonces se estaba cocinando: el 10 de mayo Franco se la había pedido a Gomá, éste escribía el 15 a todos los obispos consultándoles sobre el proyecto y a primeros de junio ya les enviaba las galeradas. En la tercera visita, el 17 de junio, Guitart venía de Roma. El día anterior había anotado: «16. audiencia S.S. [Pío XI] Castelgandolfo». Es imposible que no hablara con el Papa de la carta colectiva, y que al día siguiente, 17, no lo comentara con Vidal i Barraquer. A la primera petición de Gomá contestó Guitart, el 26 de junio: «No tengo inconveniente en que figure mi nombre, si dan el suyo todos los que nos hallamos fuera de España». Esto era tanto como decir que firmaría si lo hacía Vidal i Barraquer. Si Guitart finalmente firmó, pensaba Batllori que sería de acuerdo con Vidal i Barraquer, que, consciente de lo que le caería encima, debió de pensar que con su sacrificio ya bastaba, y que le sería útil la presencia en la provincia eclesiástica tarraconense de su in-

condicional amigo. Guitart, resistiendo a las múltiples presiones para que entrara en la España «nacional», pasó los dos primeros años de la guerra en San Remo, y sólo regresó cuando la ofensiva de Aragón en la primavera de 1938 y la ocupación de Lérida y otras localidades catalanas, entre ellas algunas de la diócesis de Urgel, hacían creer que toda su diócesis, y Cataluña entera, serían muy pronto ocupadas (si bien tendrá que demorarse nueve meses en Zaragoza porque Franco, en la más clamorosa de sus muchas decisiones militares dilatorias, detiene la ofensiva de Cataluña y así prolonga un año más la guerra). Por eso el 22 de abril con-

signa «partida» (para la España de Franco). Pero antes, el 19, ha escrito: «Lucca». Es la cuarta y última visita: ya no se verán más.

*me acordé entonces de su fina ironía,
cuando dijo que aquello era un
funeral de corpore insepulto*

Después de estas observaciones y comentarios, el P. Batllori me dijo: «Hay un detalle insignificante, sin la menor importancia histórica. ¿Ve usted aquí, el 21 de junio de 1937, al regresar el Dr. Guitart de su tercera visita a Vidal i Barraquer?» La libreta decía: «21. Tarde: tonsura l escolar S.J.» El P. Batllori me dijo simplemente: «Era yo».

Despedida rápida y con humor

A pesar de su delicada salud y de sus numerosos compromisos (el principal de los cuales era acabar de preparar los últimos volúmenes de sus obras completas) me concedió buenos ratos para aclararme dudas y facilitarme informaciones o referencias. En la penúltima visita que le hice, en Sant Cugat, el 2 de octubre de 2002, me dijeron, al llegar, los enfermeros que durante la noche se había caído de la cama, había pasado unas horas en el suelo sin poderse levantar y el médico le había prescrito reposo absoluto, incluso intelectual. Sin embargo, se empeñó en que subiera a su habitación y habláramos. Eran las 10 de la mañana y, a pesar del percance y de los subsiguientes cuidados médicos, ya había dado un vistazo a la prensa del día. Me comentó despectivamente la crónica de una conferencia que el día anterior había dado, en presencia de la ministra de Cultura, Pilar del Castillo, porque ni siquiera el periodista del diario catalán *Avui* se había dado cuenta del alcance de sus palabras: «Dice que hablé de

Gracián y Barcelona. Esto era el título que di a la conferencia, pero es imperdonable que no advirtiera que lo que yo hice fue hacerle oír a Pilar del Castillo los improperios que Gracián dirige al conde-duque de Olivares». Después de saludarle y de interesarme por su estado, yo quería retirarme, pero insistió en que me quedara un rato, asegurando que, a pesar de lo que había dicho el médico, hablar conmigo de historia lo animaría, y, en efecto, mientras me contaba cosas, su voz se iba haciendo más firme y sus gestos más expresivos. Pero no quise abusar de su bondad y me retiré pronto, dejando la continuación para otro día.

El 30 de octubre me recibió por última vez. Al preguntarle si se había recuperado del todo de aquella caída, dijo que ya estaba plenamente superada, pero que tenía que contestar a quienes se interesaban por él como lo hacía cierto canónigo, también nonagenario, que cuando le preguntaban por su salud decía: «Lo mío es una enfermedad del alma...» «No diga del alma. Será del cuerpo», le replicaban. Pero él insistía: «Déjeme terminar: lo mío es una enfermedad del *almanaque*, de los años, y esta enfermedad no tiene remedio». Me acordé entonces de su fina ironía, cuando, en la iglesia de Santa María del Mar de Barcelona, todas las universidades de los países de lengua catalana le confirieron simultáneamente el doctorado *honoris causa*, y él, en su solemne discurso en aquella apoteosis, dijo que aquello era un funeral *de corpore insepulto*.

El 2 de octubre, después de aquella caída, me contó que los médicos le habían detectado repetidos pequeños derrames cerebrales, que le ocasionaban algunas ausencias. A veces no le venían las palabras que necesitaba, y por su sentido de la corrección esto le hacía sentirse incómodo en las conferencias o actos públicos. Sabía que no podía vivir mucho más: en cualquier momento le sobrevendría un derrame en un punto vital y sería el fin. «Ahora ya sé cuándo y de qué moriré: será pronto, de un derrame cerebral, sin sufrir y sin ocasionar molestias, que es como deseo morir». Añadió que pensaba mucho en la muerte, pero sin tenerle miedo. Las antiguas letanías pedían: *a subitanea et improvisa morte, libera nos Domine*. En muchas esquelas mortuorias de monjes se decía que había fallecido *subitanea sed non improvisa morte*. Así murió el P. Batllori. Descanse en paz. ■

Artículos de Miguel BATLLORI en Razón y Fe

AÑO	TÍTULO	Tomo	Pág.	Pág.
1934	El IV centenario ariostesco en Ferrara	104	198	206
1935	Al margen de un incunable luliano	108	443	445
1935	Segundo centenario del Padre Hervás y Panduro	109	536	551
1942	La irrupción de los jesuitas españoles en la Italia dieciochesca	126	108	130
1946	Balmes en la historia de la filosofía cristiana	134	281	295
1947	El cancionero español de Turín	136	117	119
1948	Entre Italia y España. Dos exposiciones simultáneas	138	572	575
1949	Entre Italia y España. Historia y literatura	139	279	282
1952	El mito de la intervención de los jesuitas en la independencia hispanoamericana	145	505	519
1954	José Pignatelli. El hombre y el santo (En su canonización 13-jun-1954)	149	512	530
1958	La muerte de Gracián y la muerte en Gracián	158	405	412
1960	El doctor Marañón	161	530	537
1960	La santidad aliñada de Juan de Ribera	162	9	18
1960	La doble lección de Jaime Vicens y Vives	162	261	272
1966	Benedetto Croce, historiador e hispanista, en su centenario	174	487	492
1972	El ambiente familiar de San Francisco de Borja	186	393	403
1973	Costa y Llobera	187	272	274
1981	Ambientación histórica y cultural de 1900	204	138	147